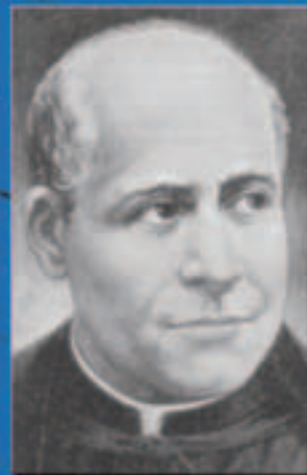


Vida Nueva 2.645

24-30 DE ENERO DE 2009

PLIEGO

## MANUEL DOMINGO y SOL



Fundador de la  
Hermandad de los  
Operarios  
y el Colegio  
Español de Roma

El 25 de enero, se cumple el centenario del fallecimiento de Mosén Manuel Domingo y Sol, el sacerdote que, en el paso del siglo XIX al siglo XX, intentó dar aire nuevo a los seminarios de España y América. A él se deben, entre otras iniciativas, la fundación de la Hermandad de los Operarios Diocesanos y del Colegio Español de Roma. Aprovechando este aniversario, acerquémonos a la vida y la obra de un hombre cuya impronta personal y pastoral sigue presente en la Iglesia española.

JOSE MARIA JAVIERRE  
Sacerdote y escritor

# Un forjador de

# SACERDOTES



# Aquel cura disponible y cabal

**E**l cambio que hemos pegado los curas de España. En medio siglo, cosa de los últimos años. Digamos del Concilio para acá; y de la transición democrática, claro. Arranco a redactar la biografía de un sacerdote al que asesinaron cuando la Guerra Civil de 1936, y me quedo tieso al plantearme la pregunta: ¿qué pensaría el fundador de los Operarios si nos viera hoy a los curas de España? Don **Manuel Domingo y Sol** fue un cura cabal, insigne, magnífico sacerdote. Además, "hacedor" de curas: una patrulla de los mejores sacerdotes españoles de los últimos tiempos le han reconocido como su maestro, su forjador. Su modelo. Lógicamente, estaba él acoplado al modo de ser sacerdote propio de su época, segunda mitad del siglo XIX. De entonces acá hemos cambiado hasta el nombre. La secularización de la sociedad contemporánea ha destruido las aureolas de veneración que nuestros padres colocaban a la persona del sacerdote. Apenas utilizamos ya la palabra "sacerdote", demasiado solemne para el paladar postmoderno. Recurrimos al vocablo "cura", pie a tierra: "hola, cura", "ahí va un cura", "¿tú eres cura?". El matiz de la pronunciación da sentido concreto a la palabra. "Cura" vale por un insulto si te lo dicen con desprecio: malditos curas, cura corrupto, embustero cura. Pronunciado cariñosamente, le quita solemnidad al respetuoso "sacerdote" y crea confianza, cercanía: hola, cura, cómo te va; cura, cuánto tiempo sin vernos; suerte, cura. En tiempos de don Manuel ni las familias cristianas ni los interesados

bromeaban con la categoría "sagrada" de los sacerdotes. Ellos vestían siempre la sotana clásica, un ropaje absolutamente desconocido para niños y niñas de hoy:

- Los sacerdotes vestían sotana.
- ¿Sotana? ¿qué es, sotana?
- Esa bata ceñida al cuello y abotonada cuerpo abajo hasta los zapatos.
- Qué vestido tan raro...
- Mira, es el ropaje "litúrgico" que lleva el papa, lo ves en la tele con sotana blanca; también los obispos se la ponen, ellos negra, con adornos rojos.
- ¿Pero todos los curas vestían sotana?
- Todos.
- ¿Sólo en misa?
- No, siempre.
- ¿Incluso por la calle?

Yo que soy un cura viejo recordaré los años jóvenes:

- También por la calle, hasta jugábamos al fútbol con sotana.
- Caray, la pondría perdida.

El cuerpo de los sacerdotes desaparecía debajo del amplio vuelo de la sotana; mi amigo sevillano **Pepe Palacios** creía de crío que los sacerdotes éramos sólidos, como de madera, igual que los cristobitas. Un día vio los pantalones de un cura que, visitante de la familia, se arremangó un poco la sotana.

El criajillo Pepe, entonces Pepito, fue corriendo a su madre:

- Mamá: ¡don **Abundio** tiene piernas!
- Claro, Pepito, los sacerdotes tienen piernas.

Ahora vestimos a la buena, incluso a la mala; quiero decir que a veces los curas andamos con zamarras de dudosa elegancia. El traje digamos "oficial" lleva el nombre de "clergyman", caracterizado por camisa cerrada y cuellecillo de plástico blanco. Mucha sencilla gente relaciona el "clergyman" con el celibato, voto de castidad que pronunciamos los sacerdotes antes de nuestra consagración. Si hoy viviera don Manuel, sonreiría con la historieta que me ocurrió en Sevilla.

## 'Clergyman' y celibato

Volví yo de las Hermanas de la Cruz, unas monjas increíbles que cien años hace fundó sor **Ángela**, graciosa jovencilla adorada por estas tierras. Cuidan amorosamente de familias marginadas, de viejitos y pobres arrojados, como resaca a la periferia de la ciudad. Una especie de Teresas de Calcuta, nacidas a la sombra de la Giralda. Llevan vida extremadamente penitente; y sonríen siempre, siempre, como si fueran, probablemente lo son, las mujeres más felices del planeta. Era día de fiesta suya, me tocó decirles misa. Sé que a ellas les gusta vernos a los sacerdotes correctamente trajeados, así que me puse mi "clergyman" reluciente. ¿Ustedes saben lo que significa el calor de agosto en Sevilla? Mejor para ustedes si no lo han experimentado. Aquel domingo era el primero de agosto. Cuando terminó la ceremonia, sudaba a mares. Salí del convento de las Hermanas y subí a un taxi. Al entrar al coche, me quité la chaqueta; quedé en mangas de camisa y mi "clergyman". Camino de casa, charlaba confiadamente con el taxista. De política municipal, claro: rajábamos contra el alcalde. El taxista me veía por el retrovisor, yo le miraba a los ojos reflejados en el espejuelo. A mitad del trayecto, instintivamente, sin dejar de charlar, me desabroché la camisa y me quité el cuellecillo blanco. Mi taxista interrumpió el diálogo; y dijo, comprensivo: - Sí padre, sí, yo no sé cómo aguantan ustedes el celibato con este calor que hace, quíteselo... - Bueno, el celibato es un asunto algo más complicado; pero qué calor hace. Y volvimos a poner verdes a los concejales del ayuntamiento. Hoy sometemos a revisión y polémica todos los temas, grandes y pequeños: se alzan voces a favor y en contra del celibato. Sin embargo, es indudable que para la Iglesia continúa empalmado

el binomio "sacerdote católico-celibato". De hecho, separa de las funciones ministeriales a quien abandona el celibato. Ciertamente, a lo largo de los tiempos, el celibato ha creado problemas favoreciendo situaciones subterráneas de fallos secretos y de sospechas más o menos fundadas entre la gente sencilla: si aquel cura suyo es o no fiel al voto de castidad, porque sospechan que sostiene relaciones a escondidas con una mujer. Hoy un sacerdote si lo desea puede obtener la secularización y licencia canónica para casarse, son miles y miles los curas casados; así que se ha clarificado por completo el ambiente. Muchos sacerdotes casados presionan para conseguir del Papa que les consienta el ejercicio del ministerio; quienes conocemos por dentro la vida de nuestros curas podemos certificar que la inmensa mayoría guarda religiosamente el celibato sin crearse mayor problema. Aunque hay, lógicamente, un porcentaje de fallos. Don Manuel nació exactamente el año 1836, murió en 1909. Para los curas de su generación y los de la mía, el voto de castidad significaba una respuesta joven, ilusionada, hasta romántica a la vocación de Dios: íbamos a recibir las facultades sacerdotales, consagrar en la eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo, predicar su evangelio, perdonar los pecados. Qué menos podíamos hacer que poner en correspondencia sobre el altar nuestra capacidad absoluta de amor, renunciando a una mujer y a los hijos. Era de ver; hacíamos versos con el aroma de los 20 años cantando alegres la decisión de guardar "nuevos, sin estrenar", los ojos y el corazón. En definitiva, muchos pensamos que el amor no es ciego, como dicen: cada cual puede dibujarle la ruta...

### Un curilla de Tortosa

Lo llamaban "Mosén Sol", por su segundo apellido: don Manuel Domingo y Sol. Ciertamente, un sol de cura. Nacido en Tortosa, la ciudad levantina que preside la desembocadura del Ebro, era don Manuel un sencillo sacerdote brotado del pueblo llano: hijo de labriegos, bienestantes. Dotado de una inteligencia espléndida y de un sentido común inalterable, dijo de niño al cumplir los 12 años:

- Quiero ser sacerdote. Estudió la carrera en el seminario de Tortosa y obtuvo luego el doctorado de teología en la facultad pontificia de Valencia. Fervoroso amante de la Virgen **María**, se atrevió, a punto de cumplir sus veinte años, a presentarle un "reto" a la Señora, pidiéndole amparo y protección hasta la muerte: - Si tal no hicieras, Virgen María, tendré derecho a quejarme de ti, y a dar por borrada de la historia aquella famosa sentencia según la cual nadie que haya implorado tu amparo e invocado tu protección ha sido jamás abandonado. A la hora de cantar misa era hombre de una pieza: alto, robusto, agradables maneras, con aire de bondad juvenil y de honradez. Se le daba muy bien la catequesis, el trato con chicos y chicas. Le ordenaron sacerdote a sus 24 años, junio de 1860. Tomó en serio su tarea: - Siendo tan alta, tan sublime, la dignidad de sacerdote, resuelto no rebajarla... Quiso ser un cura "disponible", sin ataduras, libre de espíritu y de compromisos, para trabajar donde fuera necesario. Trabajó, Dios bendito, cuánto trabajó: los jóvenes, las parroquias, las monjas de clausura, los pobres, la predicación, el periodismo, las misiones populares; sin alboroto, sin prisas, llegaba a todas partes, dejando siempre un rastro



'Portal del Romeu', arco de Tortosa donde arrancó la obra sacerdotal de mosén Sol

amable y simpático. Me ha tocado a lo largo de varias décadas estudiar prolijamente los acontecimientos y los personajes del siglo XIX: pues a don Manuel lo tengo por el "sacerdote cabal".

Entre los muchos lances que le ocurrieron, uno de febrero de 1837 lo marcó definitivamente. Cruzaba mosén Sol "el portal del Romeu", un arco famoso que se salvó de la piqueta cuando el progreso ensanchaba la ciudad derribando las murallas de Tortosa.

Bajo el arco, mosén Sol se cruza con un muchacho.

Un seminarista, lo conoce: **Ramón Valero**, 18 años.

Ramón besa la mano de don Manuel, quien le sonríe:

- ¿Adónde vas?  
- A comprar un cuarto de cerilla en casa **Barjau**.

- ¿Cerilla?

- El profesor nos ha señalado para mañana una lección larga, tendré que estudiar de noche.

- ¿No tenéis luz en la pensión?

- No señor: hay una mesa con mechero de petróleo, pero no cabemos todos; tres que no podemos pagar el gasto del petróleo, quedamos fuera.

- ¿Cuántos estudiantes sois en la casa?

- Ocho; cinco son ricos, señora **Eulalia** les prepara la comida.

- ¿Y vosotros tres?

- Vamos por sopa a casa de mosén **Boix**.

- ¿Qué tal os va?

- Medianamente; con la comida de mosén Boix apenas nos llega para el mediodía.

- ¿Y la cena?

- Me dan las sobras unas señoras que viven en el piso de abajo; podría ir tirando si tuviera bastante pan. Nos dan a mediodía en casa de mosén Boix, pero es demasiado pequeño, demasiado blando y demasiado blanco; resulta que no tenemos para empezar.

- ¿Cuánto pan necesitaríais para pasarlo bien?

- Con un pan cada tres días tendríamos bastante, pero habría de ser pan moreno.

- Pues, con ayuda de Dios, todo se arreglará: mañana a las 11, venid los tres a mi casa.

## Estado lamentable de algunos seminarios a mitad del XIX

Ocurrió que don Manuel, a partir de aquel día, se puso a investigar la situación del seminario y de los seminaristas de Tortosa. España atravesaba el período de la I República. Desde la revolución de 1868, las vocaciones dan un bajón pavoroso. De los hogares de clase acomodada y clase media, los padres no consienten que un hijo venga al seminario. Los aspirantes que acuden son pocos, de familias humildes; no pueden pagar una pensión, ni los libros, ni nada. El obispo carece de recursos. Los seminaristas viven de limosna, metidos en cuchitriles de la ciudad. Ni el estudio ni las prácticas piadosas funcionan: cada verano un lote de seminaristas se queda en su casa, no vuelve.

Don Manuel se pregunta qué ocurrirá dentro de unos años cuando los sacerdotes actuales vayan envejeciendo y mueran: si no hay curas jóvenes que ocupen su puesto...

Varios seminarios españoles andaban manga por hombro: no "a la buena de Dios" sino a la mala del diablo. Los chicos y mayores, de la diócesis primada se creyeron obligados a ocupar la vanguardia de aquella catástrofe. Conocemos los detalles porque hubo relevo en la sede episcopal. Corrían años inseguros para la diócesis toledana: al cardenal **Monescillo** le falla el pulso, los curas comentan por lo bajo que a su eminencia se le agó el cerebro. Vamos, está medio lelo.

La Iglesia católica tardó siglos en reconocer que a las seseras episcopales no les libra el santo crisma de gastarse como la de cualquier vulgar ciudadano. Si el presidente de una empresa industrial comienza a chochar, su consejo de administración propone un relevo a la junta general de accionistas: dan al viejecito título de presidente honorario, le cuelgan algún cintajo, le ofrecen un banquete; y lo sustituyen, para evitar que lleve la empresa a la ruina. En cambio, al obispo se le sostenía clavado a su sillón episcopal contra viento y marea, viejo reviejo, aunque diera muestras evidentes de que ya el cerebro se le había reblandecido. Entonces, a la diócesis le ocurría...

cualquier cosa. Por ejemplo, a Toledo se le corrompió el seminario.

El Concilio Vaticano II remedió este mal poniendo el límite de los 75 años de edad como frontera obligatoria para que los prelados renuncien a su sede. Les costó trabajo votar afirmativamente la propuesta, a los ancianitos presentes en el aula conciliar; era conmovedor oírles. Echaban mano de argumentos desesperados. Uno dijo al micrófono que, según san **Pablo**, "el obispo contrae nupcias con su diócesis", texto desde luego espúreo; y que, por tanto, él, obispo aunque anciano, debía respetar el vínculo matrimonial:

- Si abandono mi diócesis, sería igual que un divorcio

Creo que fue el cardenal **Döpfner**, arzobispo de Munich, no recuerdo exactamente, quien le contestó ironizando suave:

- En tal caso, señor obispo, muchos de los hermanos aquí presentes hemos incurrido en bigamia o poligamia, porque, yo también, hemos cambiado de sede varias veces.

Toledo hubiera ganado muchísimo retirado a tiempo su cardenal Monescillo, por cierto, figura insigne de la Iglesia española durante los cincuenta años anteriores: teólogo, periodista, orador, diputado en Cortes, polemista, obispo del Concilio Vaticano I, amigo de escritores,



El cardenal de Toledo  
Antolín Monescillo († 1897)

limosnero; eso sí, carlista hasta el tuétano. Tales escenarios ocupó Antolín Monescillo, cuya vida duró 86 años. Para arzobispo de Toledo lo propuso la reina regente **María Cristina** en la primavera de 1892: vino feliz, porque había estudiado en Toledo, "la ciudad que siempre amó". Pero venía medio lelo: a su eminencia el seminario se le ha escapado de las manos.

Los documentos antiguos cuentan que la universidad de Toledo nació de un "colegio sacerdotal" instaurado en la ciudad imperial el año 1485 por el canónigo **Francisco Álvarez**, amigo de **Cisneros**, a quien representó en la toma de posesión del arzobispado. Una bula del papa **Inocencio VIII** aprobó la fundación del colegio para "jóvenes destinados a la clerecía"; residieron primero en un local cercano a la iglesia de san Andrés, luego ocuparon casas del área donde hoy está el seminario. Ya en el primer tercio del siglo XVI, el colegio recibió de **León X** la facultad de dar grados, confirmada por el emperador **Carlos V**. Así, nació la universidad, que produjo hombres ilustres. A finales del siglo XVIII, fueron separadas la universidad y el colegio sacerdotal, llevando ambas instituciones una vida lánguida. Por fin, el colegio quedó incorporado al seminario de la diócesis. En 1835, el cardenal **Inguanzo** había iniciado la construcción de un edificio destinado específicamente a "seminario diocesano"; la muerte del cardenal paralizó las obras, que fueron reanudadas y rematadas por el cardenal **Payá**, arzobispo de Toledo a partir de 1886; un incendio destruyó parte del edificio, pero al final quedó inaugurado en 1889. Desde 1847 hasta 1889, el seminario funcionó en un antiguo convento carmelita. A lo largo del siglo XIX, los políticos españoles metieron su nariz en los planes de estudio del clero: elegían superiores de los centros y nombraban los profesores. El resultado fue un nivel intelectual y espiritual bajísimo. Si había universidad en las ciudades, los futuros sacerdotes acudían a clase en la facultad de teología, que al menos garantizó cierta calidad científica. La "gloriosa" revolución de 1868 suprimió las facultades de teología. Previendo el mal,

la Santa Sede había concedido categoría de universidad pontificia a los seminarios de cuatro sedes: Toledo, Valencia, Granada y Salamanca. **León XIII** añadió seis más: las diez universidades funcionaron pobretonamente, fábricas de grados más que auténticos centros de rango superior; así que las diez fenecieron cuando **Pío XI** en 1931 exigió para las facultades pontificias del mundo un nivel decoroso.

A Toledo por los años de fin de siglo acudían alumnos de pueblos y ciudades lejanas, sobre todo madrileños, seminaristas y abundantes clérigos, que optaban a grados académicos, nada deseosos de verse sometidos a reglas de disciplina o a cumplir devociones piadosas. Solían llamarles "aseglarados", cuya presencia lógicamente influía sobre el paquete de los 180 "seminaristas normales" alojados en el seminario. Los chicos hacían lo que les daba la gana, sin respetar reglamento ni normas; el rector y los "formadores" estaban siempre ausentes, montaban su vida independiente, al margen por completo de la marcha común. No faltaban seminaristas "osados", que se jactaban de salir alguna noche del seminario a visitar casas del barrio "prohibido". Las prácticas religiosas, nulas: escaso número de seminaristas asistían a misa, y la comunión frecuente les hubiera "escandalizado". Tres o cuatro veces cada curso, iban corporativamente a una parroquia para confesar y comulgar. Asusta la catadura moral de aquellos jóvenes que serían ordenados sacerdotes; organizaban alborotos, peleas; acudían a espectáculos públicos, salían frecuentemente a pasar la noche en casas de prostitución, no tenían empacho en traer fulanas al mismo seminario. Hubo asesinatos, que la policía no consiguió aclarar. Para remate de aquellos desmanes, ocurrió una pelea pública que dejó boquiabierto Toledo entera: los seminaristas se enzarzaron en batalla callejera contra los cadetes de la Academia Militar. ¿Por cuestión de faldas? Desde luego, ni unos defendían el honor de Dios ni los otros el honor de la patria. Ocurrió esta gresca descomunal el 25 de noviembre de 1897, al mes y

medio de comenzar el curso académico. El gobernador civil tuvo que intervenir enviando a la policía para detener la contienda. Los seminaristas marcharon a sus casas: suspendido el curso, cerrado el seminario. Antolín Monescillo se murió el verano de 1897. Le sucedió en la primavera de 1898 **Ciriaco María Sancha**: se encontró el seminario cerrado. Los responsables del gobierno diocesano "sede vacante", es decir, durante el interregno, hasta que llegara el nuevo arzobispo, habían tenido que suspender el curso 1897-1898 dejando a los alumnos de vacaciones en sus casas. Los desórdenes habían alcanzado categoría nacional y obligaron a la intervención de las autoridades civiles. Sancha redactó los informes pertinentes y buscó solución al problema. A Ciriaco Sancha no se le arrugaba el ombligo ante situaciones críticas, venía bien entrenado desde sus 15 años en Cuba, donde la defensa de la libertad de la Iglesia frente a imposiciones gubernamentales le habían costado incluso la cárcel. A Toledo entró ya cardenal, desde Valencia.

### Funda los Colegios y la Hermandad

Esta inquietud dio en don Manuel origen a una gran idea: decidió crear casas. "Colegios", donde acoger muchachos



El cardenal Ciriaco M<sup>o</sup> Sancha, sucesor de Monescillo como primado

tocados de vocación sacerdotal: allí les dará instrucción, piedad, cariño. Hogares donde los jóvenes vivan contentos, y se preparen para ser el día de mañana sacerdotes ejemplares, "sacerdotes santos".

Era don Manuel un hombre "bueno y audaz": Arrancaba con intención limpia, y luego no había fuerza humana capaz de cortar su marcha. Creó "colegios de vocaciones" en Tortosa, en Valencia, en Murcia, en Orihuela, en Plasencia, en Almería, en Burgos, en Lisboa... Las pasó canutas, ni estirando las horas del día a costa del descanso nocturno le alcanzaba el tiempo con tantos papeles, tanto lío, tanto tejemaneje de cal y dineros, tantas cartas. Pero se había conchabado con san **José**: ponía los colegios bajo su patrocinio, y el santo patriarca le sacaba de apuros. Necesitaba colaboradores, claro. Rezó, cuánto rezó. Al fin vio claro. Escogió un grupo de sacerdotes y fundó con ellos la 'Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos', que fue la espina dorsal para sostener los colegios. Explicó muy claro su pensamiento. La Hermandad: una agrupación de sacerdotes seculares, "unidos por el vínculo de una dirección común para promover la gloria de Dios en sus más caros intereses". Los Operarios podrán vivir o juntos, o en comunidad o en sus casas particulares, "siempre que estén disponibles para los actos que la Hermandad les asigne". Sus objetivos miran primero que nada a despertar y cultivar vocaciones religiosas, sacerdotales, apostólicas, es decir, seglares. En la raíz más profunda de la Hermandad y de su trabajo está la Eucaristía; don Manuel insistirá permanentemente: "Nuestra vida interior sea **Jesús**, sacramentado y olvidado. Con eso seremos perfectos". Quiere que sus operarios vivan la cercanía del corazón de Cristo, unidos al recuerdo de la pasión del Señor y ofreciéndole una hora santa semanal "en reparación" por los desprecios, el desamor y los ultrajes que los hombres alzan contra Dios. Los Operarios se llamarán "diocesanos" porque "han de trabajar en las diócesis a las órdenes inmediatas de cada obispo", asumiendo las iniciativas con espíritu abierto.

Don Manuel explayará estas ideas según crezca la Hermandad. Lo suyo ha sido un invento genial: sacerdotes diocesanos en equipo, que conserven su fisonomía secular sin ataduras propias de las congregaciones religiosas. Una especie de patrullas de vanguardia, dispuestas a cubrir situaciones de emergencia, sin ocupar luego puestos distinguidos en el escalafón diocesano. Curas esforzados, generosos, respaldados dentro de una familia sostenida por la cordialidad y el cariño. No les impone otras obligaciones que las de un sacerdote decidido a conseguir la santidad "lo más perfectamente posible". A mí, que hace años tuve la fortuna de incorporarme a las patrullas de la Hermandad, me encanta una frase que don Manuel decía a sus sacerdotes: "Nunca se diga que un operario pudo hacer un bien y no lo hizo".

Todavía se metió don Manuel en otro lío gordísimo. Sus jóvenes de los colegios acudían en cada ciudad a las clases en el seminario diocesano. Eran "residentes" del colegio, donde además de sus necesidades materiales cuidaban los operarios de la educación humana y cristiana de los colegiales; sobre todo, cultivaban el ideal de su futuro sacerdocio y los pertrechaban con una espiritualidad sólida, consistente. El contraste de los colegios con el seminario a veces resultaba tan evidente que algunos obispos pidieron a don Manuel que sus operarios tomaran también las riendas del seminario diocesano. Don Manuel se resistió con todas sus fuerzas: él entregaba a la diócesis los sacerdotes salidos de sus colegios, pero le aterraba meterse dentro del avispero de los seminarios, faltos de disciplina y de vida espiritual. Lo que sí quiso fue contribuir a levantar el tono intelectual del clero. Antes de venir a ocupar la sede toledana, Ciriaco Sancha, regresado a España después de sus aventuras cubanas, ejerció de obispo auxiliar de Toledo con residencia en Madrid, "donde trabajó para que la capital tuviera sede propia"; obispo de Ávila; en 1886 sucedió al primer obispo de Madrid, **Martínez Izquierdo**, que murió asesinado; de Madrid, Sancha pasó a Valencia el año 1892: permaneció seis años, hasta

su nombramiento para Toledo. En Valencia conoció a don Manuel y sus operarios, que tenían abierto allí un "Colegio" de vocaciones. Por cierto, el colegio lo creó mosén Sol rigiendo Valencia el cardenal Monescillo, que le puso trabas sin fin; ya la sesera de Monescillo funcionaba a medio gas. Si Monescillo hubiera entendido y apreciado a don Manuel, lo hubiera llamado desde Toledo para solucionar el barullo de su seminario. Ni se le ocurrió. Sancha, nada más llegar, pensó "esto me lo arreglan los operarios":

- Localicen a don Manuel Domingo, que por favor venga urgentemente a verme. Váno, pobre don Manuel; el cardenal sabe que los operarios han tomado a su cargo el seminario de Astorga.
- Sí, eminencia, el año pasado.
- No un colegio de vocaciones, sino el seminario.
- Sí, el seminario.

Pues quiere Sancha que los operarios vengan al seminario de Toledo. A don Manuel le aterraba situar sus operarios en aquellos centros que parecían dejados de la mano de Dios. Los desmanes ocurrían no en uno o dos seminarios, sino en muchos. Los obispos no acertaban a poner remedio. Contemplaron, como quien ve prodigios, el estilo de vida conseguido por mosén Sol en los colegios San José: seminaristas disciplinados, estudiosos, alegres, píos. ¿Cómo no iban a desear la venida de los operarios al seminario? De los apuntes de don Manuel se desprende que no pensó o no quiso pensar en la probabilidad de tal llamada. Primero el arzobispo de Granada, luego el obispo de Ávila quisieron entregarle su seminario. Sobresaltado, resistía. Hablaron los operarios entre sí, quiso conocer su opinión. Eran ya medio centenar en la patrulla Hermandad. Don Manuel los puso al corriente, con crudeza, de la degradación implantada en los seminarios: "Tanta porquería, que apenas el corazón amargamente ver entrar lobos en la Iglesia de Dios". Les cuenta casos concretos: "Alguno fue, el mismo día de las órdenes, de los brazos de su manceba a la ordenación". Avisa que van a entrar en una "cloaca", en "un matorral abandonado":



El cardenal Merry del Val, gran apoyo en la fundación del Colegio Español de Roma

- Ahora bien, si la Iglesia, las almas, la sociedad, dependen de la formación del clero y nosotros somos por hoy los únicos llamados a realizar esa formación...

El argumento resultaba implacable: pasarán de multiplicar vocaciones a formadores de sacerdotes. Le asalta un temor: ¿estaremos a la altura de la piedad, de la ciencia y aun de la cultura indispensables?

El 5 de septiembre de 1897 aceptó la dirección del primer seminario: Astorga. Al cardenal de Toledo no podía negarse don Manuel. Le responde que sí, los operarios intentarán resolver la crisis dramática del seminario. Un párroco de la ciudad comentó acerca de la venida de los operarios:

- Se necesita tener vocación de mártires. Cuando llegaron, el gobernador civil les contó "la batalla" de los seminaristas:
- Nunca conocí revolución tan fiera. Fueron valientes, desde luego. Iban armados de buena fe con un lote de principios pedagógicos elementales: moralidad limpia en la casa, a base de expulsar los alumnos indignos; clima familiar, propio de los "colegios" suyos; amor a la Iglesia santa, y entusiasmo por la futura tarea pastoral de los jóvenes: vida espiritual intensa, oración, estudio...

Ésta fue la "solución Sancha", aplicada en octubre de 1898 al seminario de Toledo. Don Manuel eligió para capitanear su nuevo equipo toledano a **Remigio Albiol**, ya entrenado como rector del seminario de Astorga. Sancha quiso que uno de los operarios ejerciera "de director espiritual": a ver si consigue elevar el espíritu de aquellos muchachos.

Y advirtió que no les temblara la mano a la hora de expulsar los chicos corrompidos, y los levantiscos. Comenzado el curso, uno de los operarios escribió a don Manuel:

- Esta comunidad es una reunión de jóvenes que de cristianos tienen el bautismo y nada más; espanta pensar cuál ha sido el estado de indisciplina e inmoralidad de esta casa. El rector don Remigio colocó una "semana de ejercicios espirituales" para arranque del curso; le confiaba a don Manuel:

- Reformar esta comunidad es empresa más que humana; veremos si los "ejercicios" entonan a algunos, y apartan a otros del seminario; yo creí que eran exageraciones lo que se oía de estos seminaristas, hoy pienso que se ignoran muchas cosas más.

Efectivamente, aquella semana de "ejercicios" partió en dos la comunidad del seminario toledano: los jóvenes pervertidos comprendieron que allí estaban de más, la casa no era para ellos; los seminaristas auténticos respiraron a gusto.

En pocos meses, el seminario cambió de cara. Cien muchachos, antes de someterse a la disciplina, marcharon a sus casas: unos por iniciativa propia, otros "facturados".

Hacia Navidades, el vicerrector informó a don Manuel: las primeras impresiones que nos causó la comunidad se han borrado, siendo sustituidas por la confianza de curar radicalmente tanto mal y sacar gente muy lista, muy buena, de este seminario.

Ya lo creo, buen profeta. El cardenal Sancha se sentía feliz. Los curas de Toledo, el gobernador civil, y hasta los cadetes de la Academia Militar, atónitos.

### Funda el Colegio de Roma

Don Manuel no traía un esquema intelectual poderoso, pero sí poseía instinto, talento y sentido práctico. La creación de sus colegios San José y el cuidado paternal de los seminaristas le puso ante los ojos el nivel bajísimo de calidad científica de los seminarios. Comprendió que con malos profesores el alimento intelectual de los alumnos sería siempre de baja estofa. Es decir, si él y los operarios cuidaban la formación espiritual de los chicos, había que conseguirles además verdaderos maestros en las aulas. Sólo colocando buenos profesores en las cátedras de los seminarios sería posible elevar el mediocre nivel del clero.

¿Qué hacer? Roma, la solución estaba en Roma: llevar allá una docena de jóvenes seminaristas que se capacitasen a fondo

y regresasen luego como fermento a los centros diocesanos. Tenía gracia don Manuel: escribe en sus apuntes, a principios de 1888, que "tuvo el instinto" de crear "un colegio español en Roma para bien de España". Llama la atención cómo los obispos españoles llegaron a finales del siglo XIX sin afrontar ese problema. Era preciso instalar en Roma un colegio semejante a los que otras naciones poseen: viveros donde crecen robustos, en virtud y saber, sacerdotes que luego, repartidos por todas las naciones de la tierra, aseguran desde los puestos claves de la organización eclesiástica el apego a la persona del papa y la devoción a su doctrina. Algunos de estos colegios son muy antiguos. San **Ignacio de Loyola** fundó uno para los alemanes y quiso que los colegiales vistieran sotana encarnada. Roma le debe a san Ignacio una de las más características pinceladas del paisaje ciudadano: la pareja de muchachos vestidos de rojo que, de repente, aparecían a la vuelta de cualquier esquina. Los murmuradores aseguran que, temiendo el santo por la afición de los nuevos estudiantes al vino y a la cerveza, quiso denunciar su entrada en las tabernas con la estrategia de vestirles con traje llamativo. Es el caso de alemanes, ingleses, franceses, griegos, belgas, irlandeses, polacos y hasta los americanos del norte y del sur, todos los países disponían de un colegio junto a la casa del papa. Los colegiales seguían el curso en las universidades romanas, preferentemente en la Pontificia Universidad Gregoriana, también puesta en marcha por san Ignacio hace cuatrocientos años. España no tenía colegio. Algún obispo trató de montarlo y fracasó.

Ahora mosén Sol "ha tenido el instinto" de crear colegio. Un curilla de Tortosa... ¿qué cosas, don Manuel! Era un proyecto de bigote: pleno de dificultades, arriesgado. Pues don Manuel comprendió que era necesario fundarlo... Y lo fundó. Cuando en la primavera de 1898 su eminencia Sancha, cardenal de Toledo, avisa a sus secretarios que le localicen y le citen a don Manuel Domingo y Sol, ya el Colegio de Roma lleva seis años funcionando, desde marzo de 1892.



Primera promoción del Colegio Español de Roma. La preside, abajo en el centro, su fundador, mosén Sol. A su derecha, el joven monseñor Merry del Val

Ahora llegan a don Manuel peticiones de España ¡y de América! Le traen loco. La hazaña de Roma, que costó Dios y ayuda, colocó a don Manuel en primer plano de la actualidad eclesial de España: ha conseguido crear una espiral de optimismo de cara al futuro de la existencia sacerdotal. Desde mitad del siglo angustió a todas las diócesis españolas el descenso en número de vocaciones sacerdotales y la falta de recursos para sostener estudiantes en el seminario. Habían buscado soluciones de emergencia creando "preceptorías" en las parroquias rurales donde los muchachos pudieran aprender gramática sin desplazarse a la ciudad. Y media docena de capitales diocesanas ensayaron la puesta en marcha de alguna "casa de estudiantes pobres" que dieran asilo y comida para seminaristas sin recursos económicos. Asustados muchos obispos por la escasez de sacerdotes, ensayaron incluso el sistema llamado "carrera corta", recogiendo "personas de edad madura" con fama de buena conducta entre las gentes de los pueblos y llevándolas al seminario, donde les proporcionaban un lote mínimo de conocimientos que les permitieran administrar los sacramentos y predicar una homilía los domingos. Estas experiencias acabaron, lógicamente, en fracasos ruidosos.

La sorpresa del "Colegio San José" inventado por mosén Sol estuvo en el sistema de funcionamiento, que cubría simultáneamente tres áreas distintas. Primero, se ocupaba de la "pastoral vocacional", comprometiendo parroquias y familias en la búsqueda de niños o jóvenes capaces de aspirar al sacerdocio. Además, creaba "el espacio físico" donde acogerlos, darles alimento, repartirles ropas y libros, afrontar el costo durante los años de estudio. Pero estas dos funciones hallaban complemento en la tercera, fundamental: cuidar la formación humana, moral e intelectual de aquellos seminaristas que no estaban preparándose para "una profesión cualquiera" en la cual resolver su porvenir económico y social. De los 'Colegios San José' comenzaron a salir sacerdotes piadosos, ejemplares. Con la creación de la "casa de estudios en Roma", don Manuel cerraba el círculo

ofreciendo a las diócesis españolas el modo eficaz para conseguir una capacitación digna de los profesores del seminario; en pocos años subirá el nivel eclesiástico de estudios, y como reflejo hará posible un diálogo entre la cultura religiosa y la cultura civil, alejadas ácidamente la una de la otra.

Ésta fue la "misión histórica" de don Manuel Domingo y Sol. El éxito de Roma dio a su nombre fama nacional. Muchos obispos reclaman su ayuda, le piden "un colegio san José" para sus diócesis. Pero muy pronto darán un paso más encomendándole de manera total el seminario diocesano, para que aplique la "pedagogía" establecida en sus colegios. A los obispos les da confianza el "equipo" reunido por don Manuel en su Hermandad, hasta el extremo de que a mosén Sol le faltarán operarios y no podrá responder a la demanda.

### Ya es beato Mosén Sol

A fin de enero de 1909, murió don Manuel Domingo y Sol. Murió a su estilo: haciendo cosas buenas, de sentido común. En uno de los últimos ratos de lucidez vinieron a verle las monjas oblatas de un asilo que don Manuel "ayudó a fundar". Él sabía: siempre andaban escasas de comida. Les dijo, haciéndose el cómplice:

- Os voy a regalar un cerdo grande, pero lo voy a matar en casa, no sea caso que la superiora tenga necesidad de dinero y lo venda.

Le contestaron las monjas que habían matado tres cerdos aquel año. Sonrió:

### NOTA BIBLIOGRÁFICA

- **A. Torres**, *Vida del Siervo de Dios don Manuel Domingo y Sol*, Tortosa, 1934.
- **G. Mártel**, *Manuel Domingo y Sol, Apóstol del sacerdocio*, Madrid 1942.
- **F. Martín Hernández-L. Rubio Parrado**, *Mosén Sol*, Salamanca 1978.
- **J.M. Javierre Ortas**, *Reportaje a Mosén Sol*, Madrid 1987.
- **J. García Velasco**, *El Beato Manuel Domingo y Sol*, Salamanca 2008.
- **L. Rubio Parrado**, "El Colegio Español de Roma: 100 años", en *Cuadernos Mosén Sol* 5, Tortosa 1989

- Entonces, os cambio mi cerdo por harina, judías y arroz.

Tuvo las honras fúnebres que era de esperar, cartas, telegramas, pésames, elogios. Amigos cercanos y lejanos, ilustres, sencillos: **Merry, Vives, Vico**, que justo un mes antes había llegado de nuncio pontificio a Madrid.

¡Dijeron de él tantas bellezas! ¡La mejor? El cardenal Sancha, desde Toledo: "Este seminario está desconocido desde que llegaron a él los sacerdotes operarios". Seguro que don Manuel *en algún sitio* lo supo y sonrió. Dejaba en su patrulla cien hombres, repartidos en diez Colegios San José y dieciocho seminarios, con cuatro mil alumnos. Aquella historia iniciada en el portal del Romeu...

Un colegial romano llamado **Eijo Garay** comentó: "Era nuestro padre".

Los operarios comprendieron, un día tuvo que morir. Y luego ¿qué? Luego, la Hermandad. Tenemos una lista con los nombres de nuestra patrulla, desde los principios hasta hoy, cada cual con sus fechas. Total, llevamos un siglo. Yo repaso ahora sus nombres y veo en ellos un aire de familia, "se le parecen" al mosén Sol: hay bondad en casa, gracias a Dios. Cariño, y ganas de trabajar. Bendito, mosén Sol. Algunos obispos tuvieron miedo de que les robara sacerdotes y los entrara en la Hermandad. Le miraban con recelo. Pero don Manuel puso sus patrullas dentro de la diócesis como una guardia petroriana dispuesta a todo. Su gran hallazgo fue juntarnos en equipo salvándonos de la soledad y ofreciéndonos vivir en familia. Una familia con sitio para los seglares, chicos, chicas, matrimonios. Será bueno que los obispos vean si, en efecto, no es la de mosén Sol fórmula ideal para los sacerdotes diocesanos de nuestros días. Hoy a un cura perdido en solitario por los vericuetos de las ciudades gigantescas, junglas de asfalto y de egoísmos, le resulta dura la existencia, difícil el camino hacia la santidad. Don Manuel ya recibe, de algunos años atrás, nuestra veneración en los altares. Ahora la Iglesia le coloca una primera patrulla de sus operarios en el catálogo de mártires. Habrá recordado aquella pregunta juvenil del muchacho **Pedro**, seminarista de Toledo:

- ¿La Hermandad tiene mártires?